

ÁLVAREZ REY, LEANDRO y LEMUS LÓPEZ, ENCARNACIÓN (coords.), *Sindicatos y trabajadores en Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000, 500 paginas.

CIEN AÑOS DE HISTORIA OBRERA EN SEVILLA

La aparición de un nuevo libro colectivo referido a un marco espacial localista, podría llevarnos, a priori, a tildar dicho proyecto como uno de tantos que ven la luz en estos días. Pero una vez que nuestra lectura va penetrando en sus páginas, y vamos desentrañando las claves en las que se basan las diferentes investigaciones que en él se recogen, no es difícil llegar a la conclusión que nos encontramos ante una obra que ya desde el período cronológico a investigar, cien años, hasta los nuevos planteamientos historiográficos que se utilizan, pasando por la composición del equipo de investigación que ha llevado a cabo la presente obra, representa una novedad tan importante que no se debe desdeñar.

En efecto, el realizar una investigación sobre el movimiento obrero en Sevilla en un período cronológico de un siglo en el que han tenido lugar marcos políticos tan diversos como: dictadura, monarquía, república, guerra civil o democracia; y en el que los cambios sociales y económicos que ha sufrido la población han sido tan excepcionales que, para su adecuada comprensión es necesario la utilización de otras disciplinas, a nadie se le puede escapar el grado de complejidad que la presente obra lleva implícita. Además, el presente trabajo se aborda desde la composición de un equipo heterogéneo formado por profesores, becarios, doctandos o licenciados de la propia Universidad Hispalense, coordinados por los profesores: Leandro Alvarez, que ha centrado sus investigaciones en la historia política andaluza del siglo xx, y Encarnación Lemus, cuyo campo de investigación se ha centrado en las emigraciones a América durante el mismo siglo, y, durante los últimos años, en la Transición española.

Para llevar a cabo tan comprometido proyecto, la obra queda estructurada en cuatro partes basadas en fechas claves de nuestra historia. La primera, toma como punto de inicio los tiempos de la primera Internacional, y nos lleva hasta el comienzo de la guerra civil en 1936; la segunda, se alarga hasta el cambio de rumbo que significó para nuestro país el Plan de Estabilización de 1958; la tercera parte, nos transporta hasta la muerte del dictador; y la última se centra en el momento de la Transición, para terminar su análisis en el año 1982, fecha de la victoria socialista en las elecciones generales. A pesar del largo período abarcado y la diversidad de

estilos que, en una obra colectiva, es lógico adivinar, hay que decir que el libro discurre con un enlace perfecto entre los diferentes trabajos que hacen de la obra un continuo. Cada autor desarrolla su artículo como un todo en sí mismo, y, al mismo tiempo, como una parte imprescindible del conjunto, lo que repercute en la evidente unidad de la obra.

Por otro lado, cada capítulo tiene la aportación, imprescindible, de la ayuda multidisciplinar, porque, como se dice en el primer capítulo: «los movimientos sociales no se fraguan en el aire». A este respecto, son necesarios los estudios demográficos, sociológicos, estadísticos... que se incluyen a lo largo de todo el libro, y que nos ayudan a entender, en mayor medida, la génesis, evolución, apogeo y decadencia de los diferentes movimientos obreros. Agradidamente, y a diferencia de otros estudios que a fuerza de querer marcar su carácter localista quedan excesivamente aislados, el presente trabajo mantiene la línea de ir de lo general a lo particular, partiendo, en la mayoría de las situaciones, de un primer estudio a escala nacional, para continuar el análisis, por la región andaluza, y la provincia sevillana y acabar en la capital hispalense, con la consiguiente comparación de situaciones y datos.

En cuanto a la bibliografía consultada basta decir que se encuentran recogidas desde las obras clásicas del género hasta aquellas de más reciente aparición, y que presentan los planteamientos más innovadores en la historiografía española sobre el movimiento obrero y el estudio del franquismo. Pero es en la diversidad de las fuentes, como sus coordinadores indican, donde se produce la aportación más completa de la presente obra. Junto a los archivos de las diferentes organizaciones, la prensa de la época, etc., nos encontramos con la utilización de unas fuentes, principalmente en la época franquista y en la posterior democrática, que llevan implícitas la realización de una nueva metodología. Se utilizan expedientes carcelarios, como los que se obtienen de la prisión de Sevilla para el estudio sobre la represión; en otros casos, serán materiales como fotografías o carteles publicitarios; y, principalmente, los testimonios orales de antiguos militantes sindicalistas, cuyos recuerdos constituyen la piedra angular en la reconstrucción de la época correspondiente a la dictadura de Franco y principios de la Transición española. Este planteamiento supone: por un lado, la recuperación del protagonismo por parte del «individuo de a pie» como parte fundamental del engranaje histórico; y por otro, la recuperación de la memoria colectiva, en estrecha relación con las diferentes culturas políticas, que una parte dominante de la sociedad se empeñó sistemáticamente en hacer desaparecer, en muchas ocasiones de una forma física, y que este grupo represaliado, a través de sus testimonios, ha convertido en el fin último de su lucha contra el olvido.

El libro parte del estudio de las condiciones de vida de los trabajadores a finales del siglo XIX y principios del XX para, a continuación, relatar el empeoramiento de la situación para los campesinos, y el consiguiente proceso de proletarianización, que supuso un buen caldo de cultivo para las ideas revolucionarias de la época. Tres son los planteamientos que sobresalen en esta primera parte del libro, concretamente en el artículo de Angeles González: el que interpreta las preferencias asociativas de los trabajadores sevillanos a partir de su desconexión con la política, a la que sitúan como algo ajeno a su realidad, por lo que la solución a sus problemas tenía que venir de ellos mismos; lo que condicionó, en gran medida, la implantación mayoritaria de las organizaciones anarquistas en detrimento de las socialistas. En segundo lugar, el deslindar la mayor o menor actividad del asociacionismo obrero con las pésimas condiciones de vida ya que, como se señala, éstas eran un rasgo permanente; el estudio relaciona los períodos de exaltación y desmovilización con otras variables como: mayor tolerancia por el gobierno de turno, la existencia de crisis política, la represión gubernativa o la radicalización en los planteamientos anarquistas. Por último, una cuestión que marca cierta unidad de criterio en las conclusiones de los diferentes artículos, en concreto: las diferentes finalidades que coexisten en el seno de los movimientos obreros, ya sean dirigentes o simples afiliados. Mientras que para los primeros, en el cambio de siglo, su lucha tuvo como objetivo la implantación de una sociedad nueva; los trabajadores, en general, centraron sus reivindicaciones en algo menos utópico, como era la mejora de sus condiciones de vida. Así, no es de extrañar que a la hora de mostrar sus preferencias en cuanto a la afiliación, la cuestión ideológica quedara relegada a un segundo plano, y fuera más importante el prestigio y la credibilidad de los líderes o la eficacia de las tácticas ante luchas concretas. Esta cuestión se pone otra vez de relieve, en el artículo de José Manuel Macarro, en tiempos de la II República, cuando la afiliación estuvo, en mayor medida, relacionada con la raigambre de un determinado sindicato con cada oficio.

Precisamente, el trabajo correspondiente a los sindicatos en los tiempos republicanos ratifica una de las conclusiones que últimos estudios —como son los casos de Mercedes Vilanova y Julián Casanova— han llevado a cabo sobre la relación entre la abstención de los cenetistas y los resultados de las elecciones generales, al significar que «ésta es un mito a la hora de decidir las elecciones». En la valoración del papel de los sindicatos, durante este período tan comprometido, el autor pone especial énfasis en la radicalización y enfrentamientos de los que fueron protagonistas dichas organizaciones, y que les llevó a posiciones que supusieron la desestabilización del régimen republicano. Responsabilidades a las que no fueron ajenas, y

quizá en mayor medida, otras organizaciones e instituciones del Estado republicano.

La segunda parte del libro, comienza por hacer un estudio sobre la represión franquista. Se constata que los sindicatos fueron las principales víctimas de la ira fascista, por lo que no es de extrañar que si bien hubo trabajadores que volvieron a militar en las organizaciones sindicales clandestinas, no es menos cierto que éstos representaron una inmensa minoría en relación con el conjunto de sus antiguos compañeros. Precisamente, el estudio de la clandestinidad, en esta primera etapa del franquismo, presenta, en lo referente a las organizaciones sindicales CNT y UGT, la laguna más importante de la presente obra. La investigación, en este capítulo, se centra en la reconstrucción del Partido Comunista, y se completará, en el apartado siguiente, con el estudio de los movimientos obreros cristianos, bajo cuyas siglas muchos sindicalistas llevaron a cabo su labor clandestina, parapetados en unas organizaciones a las que el régimen otorgó cierta tolerancia.

El cambio de rumbo económico que significó el Plan de Estabilización tuvo su repercusión, como no podía ser de otra forma, en el mundo laboral con la aprobación de la ley de Convenios Colectivos. Nuevas perspectivas se abrieron para las organizaciones clandestinas, siendo las recientes Comisiones Obreras las aglutinadoras de la actividad sindical de católicos, socialistas, anarquistas y, en mayor medida, comunistas. La idea base consistió en crear la plataforma desde la cual defender las mejoras laborales y salariales. Una vez más, las cuestiones más cercanas a las condiciones laborales de los trabajadores significaron el punto de partida para el inicio de la lucha, que las minorías más comprometidas hicieron desviar, en la medida de lo posible, hacia reivindicaciones que pusieron en tela de juicio la existencia de la dictadura y la consecuente falta de libertades.

La estrategia de penetración en los sindicatos verticales, conocida como «entrismo», que llevaron a cabo las organizaciones comunistas y cristianas, con la oposición de las centrales históricas obreras, tuvo una repercusión que fue más allá de la situación, verdaderamente reivindicativa, que se vivió en los años sesenta —participación en las elecciones, ocupación de las sedes de los sindicatos verticales, conflictos en las empresa o la lucha en los convenios—, ya que resultó crucial para determinar el poder de cada movimiento en relación con su representatividad entre los trabajadores, y, en consecuencia, para determinar la táctica a desarrollar por cada organización, una vez que tras la muerte del dictador nuestro país volvió a los senderos de la democracia.

Será, precisamente, la parte que corresponde a la Transición, última del libro, la que condensa una serie de artículos que, a pesar de la evidente unidad temática que abordan, se realiza desde diferentes puntos de vista, lo que repercute en una visión con diferentes ópticas de dicho período histórico. Si este grupo se inicia con una buena síntesis de los trabajos ya editados, continúa con una aproximación más detallada y completa de los diferentes movimientos sociales, con especial interés en las primeras actuaciones de los socialistas en la capital sevillana, y tiene su colofón en el excelente artículo de la profesora Lemus, quien analiza el auge, las tensiones y la decadencia que sufrió el movimiento sindical durante este conflictivo período.

La autora defiende la existencia de una prototransición relacionada con los acontecimientos que, en esos momentos, se estaban desarrollando en Chile y Portugal, y que sirvieron para dotar de cierta madurez política a los jóvenes que protagonizaron el cambio. Protagonismo que, en los primeros momentos de la Transición, correspondió al movimiento obrero, ya que con sus movilizaciones aceleraron e hicieron imposible la continuidad del régimen. Lemus analiza, a continuación, la preeminencia que fueron adquiriendo los partidos políticos en detrimento de los sindicatos, y, en consecuencia, como las negociaciones de las elites suplantaron a las movilizaciones sociales. Desde este momento, la conveniencia de cualquier reivindicación laboral se supeditó al cambio político, y llegaron los pactos. El consenso y la concertación supusieron la desmovilización social, que junto con el enfrentamiento entre las diferentes organizaciones sindicales, principalmente las mayoritarias CCOO y UGT, en lucha por su cota de poder, y su utilización por parte de los partidos políticos —por un lado, PSOE y PCE, que veían en las elecciones sindicales un modo de acceso al poder; y por otro, UCD que fomentaba un sindicalismo moderado— llevaron a una política de austeridad a la clase obrera, y con ella al desencanto, como se puso de manifiesto en las elecciones sindicales de 1980.

Para Encarnación Lemus se había recorrido un camino que había comenzado por la inviabilidad de la unidad sindical, siguió con la imposibilidad de la unidad de acción y desembocó en el enfrentamiento, cuestiones que fueron aprovechadas por el empresariado y el gobierno durante la reconversión industrial. Habrá que esperar a 1986 para el inicio de la superación de esta crisis sindical. Después de cien años de historia sindical, la unidad de los trabajadores en una sola central seguía —sigue— siendo un sueño, una utopía.

ÁNGEL HERRERÍN LÓPEZ

GIORNALE DI STORIA CONTEMPORÁNEA, n.º2 (1999)

Esta revista italiana ha dedicado un número extraordinario a la España franquista. Los artículos seleccionados son bastante heterogéneos, por temática, cronología y tratamiento, pero, en conjunto, suponen una sugestiva aportación al estudio del periodo. Además son una muestra del interés de los hispanistas europeos por la historia española más reciente y de las bondades del ejercicio de la historia comparada que hay tras sus colaboraciones. Tanto el editorial como el artículo de Enzo Collotti (Franquismo/Fascismo), reflejan, sin embargo, que el tratamiento historiográfico del Franquismo en Italia, sigue aún entremezclado con la polémica política, frente a lo sucedido en España en los últimos años. Aquí el debate sobre la naturaleza del Franquismo y su denominación más ajustada se va despojando de este fardo: el no calificar al Régimen (un eufemismo en su origen) como fascista ya no supone tratar de justificar o minimizar su carácter represivo ni su ilegitimidad de origen y ejercicio. La línea que se va imponiendo en España (Santos Juliá, I.Saz, etc., además de Payne y Tusell) subraya y profundiza en el proceso de «fascistización» reversible que experimenta el régimen desde la guerra civil o, se podría decir, merced a las consecuencias de ésta. Se prefiere no extender la caracterización del Primer Franquismo al resto de los años de la dictadura; sin eludir, por ello, el estudio de una cuestión central como es la represión en todas sus formas (incluido el control de espacios sociales y privados), fenómeno que no desaparece hasta después de la muerte de Franco. Seguramente, la defensa a ultranza del carácter fascista del Franquismo, que parece predominante en Italia, tiene mucho que ver con la función simbólica del antifranquismo en la cultura política antifascista europea, tema que, desgraciadamente, ha sido poco abordado por la historiografía.

Más allá de sus preferencia por la definición de fascismo, E.Collotti pone de manifiesto la división de funciones entre Falange y la Iglesia o más bien su complementariedad en el logro de sus comunes objetivos contrarrevolucionarios y antidemocráticos. La influencia de la burocracia sobre la que se sustentó el régimen, el ejército, y sus determinaciones sobre la política franquista son quizá minimizadas por el autor. Collotti sí llama la atención sobre una de las carencias historiográficas que permitirían verificar si el proceso de «desfascistización» fue real, pues sigue faltando una investigación sobre el partido único, el Movimiento, y sobre la Organización Sindical en los años cincuenta y sesenta.

Este artículo enlaza con el de Santos Juliá, que insiste en el carácter antiliberal y tradicionalista del catolicismo español. Cuando en otros países los intelectuales católicos había llegado a aceptar la convivencia con va-

lores laicos y liberales, en España los círculos católicos influyentes, incluida la jerarquía, siguen defendiendo como ideal una configuración social y política teocrática, basada en la moral y la doctrina católica, con un modelo de organización organicista y autoritario, en el que la libertad individual sólo se considera positiva en su vertiente moral. Esa teología política sirve de magma unificador entre las fuerzas políticas que apoyan el golpe. La guerra civil petrifica durante dos décadas este catolicismo intolerante que comparte los intereses represivos del régimen y participa en la erradicación de la tradición liberal y laica española de la anteguerra.

Botti estudia, precisamente, la línea de resistencia que monta el catolicismo más antiliberal e integrista en torno a la defensa de la unidad católica española. En los años en que el Vaticano II sanciona los vientos de democratización abiertos en la iglesia española, la libertad religiosa se convierte en el símbolo de la rendición a la modernidad y, políticamente, del derrotismo con que algunos ven las reformas aperturistas. El antisemitismo es utilizado como parte de la propaganda de estos neointegristas —en libelos y artículos de *El Cruzado Español*, *Cristiandad* o *¿Qué pasa?*— contra el mensaje renovador del Concilio y sobre todo contra sus consecuencias democratizadoras. Como bien señala Botti, teniendo en cuenta que en estos círculos intelectuales nacen los Guerrilleros de Cristo Rey y la Hermandad Sacerdotal San Antonio Claret, el autoritarismo integrista católico se configura como un ingrediente ideológico fundamental del *bunker* franquista y de parte de lo que se calificó como neofascismo español.

D. Pini aborda el tema de la censura, los cambios en su estructura administrativa y en los criterios religiosos, morales y políticos aplicados; la arbitrariedad de los censores, característica que ahondaba el autoritarismo, y su chapucería, signo quizá de las debilidades de la burocracia civil española. El artículo pone de relieve, sobre todo, las posibilidades de estudio que se abren en este campo de la represión de cultura. Otro aspecto de la coerción y violencia ejercida por la dictadura es el que afronta G. Di Febbo cuando trata, desde las pautas más novedosas de la historia de género, el tema de la marginación de la mujer durante el franquismo. Analiza la construcción simbólica del modelo de «mujer ideal» que se maneja desde la guerra civil como parte de una estrategia de movilización antirrepublicana. Resulta muy interesante la contraposición entre la *miliciana* republicana, epítome de la perversión femenina, y la nueva mujer cristiana, inspirada, como no, en el tradicionalismo católico; así como el contraste entre el modelo heroico masculino y la condición servil y sacrificada de la mujer, que consagró la asimetría de género como parte de la configuración totalitaria del régimen. Además Di Febbo, no conforme con tipificar las características de la identidad femenina «oficial», estudia su evolución y cómo va

perdiendo eficacia este discurso a partir del proceso de modernización social, cuando se difunden otros modelos femeninos alternativos.

Finalmente, hay dos contribuciones que tocan temas internacionales. La de Paul Preston es una puesta al día de las relaciones hispano-italianas entre 1936 y 1939. Se analiza la decisión de Mussolini de intervenir en la guerra española y sus consecuencias, para llegar a la conclusión de que fue un error de Mussolini, obnubilado por la victoria de Abisinia y traicionado por su propio carácter. Las repercusiones serán muy negativas para las disponibilidades y la eficacia militar italiana en la II Guerra Mundial. Preston subraya el decisivo protagonismo de Franco en el manejo de la relación con Mussolini y su presión —a la que se suma Hitler— para lograr la escalada de la ayuda militar italiana. El nuevo dictador es el más beneficiado, además de Hitler. Porque desde Alemania se ve con satisfacción la creciente tensión entre Italia y las potencias democráticas, que aboca a Mussolini al acuerdo con Berlín y a una creciente fascistización de su política exterior en torno a las ambiciones imperiales mediterráneas.

La contribución de L. Delgado es un interesante recorrido por la utilización que el Franquismo hizo de las relaciones con América Latina para su legitimación interna e internacional. La Hispanidad se diseña en el momento de máximo acercamiento al Eje, con un doble objetivo: interno, como una especie de mito movilizador de sentido plenamente fascista, y externo, para dar relevancia a la posición internacional española ante Alemania e Italia. El autor pone de relieve el doble fracaso de la política de Hispanidad en ultramar: por la reacción norteamericana y el escaso eco obtenido en Hispanoamérica; tampoco interesaba en España, más allá de círculos intelectuales y religiosos oficiales. Cabría añadir que estas conclusiones ponen de relieve la debilidad del «mito imperial» español: antes de la caída de Serrano Súñer se ha ordenado abandonar ese discurso. Este detalle refuerza la idea de la escasa fascistización de la diplomacia franquista: en el cuerpo diplomático no hay más que dos falangistas en 1939 y su influencia se esfuma en la primavera de 1942, lo mismo que la supuesta estructura diplomática paralela del partido (Falange Exterior), insignificante incluso antes de esa fecha. Por lo que se refiere al periodo posterior, tras la rentabilidad en el aislamiento, desde 1953 sigue tratando de encubrir la falta de relaciones con Europa, es casi un proyecto de espaldas a Europa, al igual que intenta serlo la política árabe. Esta línea es abandonada desde 1957. La descripción de L. Delgado sobre los cambios que experimenta la política cultural hacia América ponen de manifiesto el proceso de modernización que experimenta la diplomacia española en el periodo Castiella, en línea con el tecnocratismo que marca el resto de las

políticas. En el fondo lo que se describe es la base de la primera política de cooperación y asistencia técnica, que no se inicia con la democracia, sino antes, con todos los lastres ideológicos que se quiera. El estudio de las relaciones con la región —en la que durante décadas apenas se tienen intereses económicos— sigue siendo un buen banco de pruebas de la interrelación política interior-exterior.

Así pues, el monográfico de la revista pone de manifiesto las grandes líneas de continuidad del Franquismo, en especial el papel central de la Iglesia católica como aparato simbólico y legitimador del régimen. Constituye un ejemplo de los avances en la investigación del Franquismo y abre algunos caminos para futuros trabajos. Quizá el vacío más evidente sigue siendo cronológico: el estudio de los años sesenta y la crisis del régimen es en buena medida una asignatura pendiente.

ROSA PARDO